

Notas críticas

La globalización: fase superior del proceso civilizatorio. Límites y alcances de la teoría de Elias

Carlos Belvedere

LA TEORÍA DEL PROCESO CIVILIZATORIO, que Elias elabora y rehace progresivamente, finaliza con un planteamiento que se aproxima a lo que hoy se denomina *globalización*. Diversos lectores de su obra han advertido esta convergencia,¹ la mayoría de las veces con exagerado entusiasmo, ya que identifican plenamente la dinámica del proceso civilizatorio con la globalización tal como actualmente se entiende.

No es esa la postura de este trabajo. Aunque no sea por una cuestión terminológica, habría que mencionar algunas diferencias (y el mismo Elias ha sido sensible al nexo profundo entre las palabras y las categorías del pensamiento, por ejemplo, cuando indica que la sociología encuentra su límite en el lenguaje).² Así es que no hay que ir tan lejos como para sostener que aquello que Elias llamaba civilización es lo mismo que —con otras palabras— hoy se designa como globalización. Sin embargo, es necesario considerar que tendencialmente el proceso civilizatorio, tal como lo describe Elias, se dirige hacia algo semejante a lo que se vive en este mundo globalizado. Se

¹ Puede verse un panorama de esta cuestión en Roland Robertson, *Globalization. Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage, 1996, cap. 7: "Civilization, civility and the civilizing process", pp. 113-128.

² "Los medios conceptuales y lingüísticos de que actualmente disponen los sociólogos no son en buena parte apropiados para las tareas que han de abordar" (Norbert Elias, *Sociología Fundamental*, Barcelona, Gedisa, 1982, p. 132.)

trata más de una anticipación o una intuición temprana que de una coincidencia total.

A continuación se analizarán las diversas formulaciones que ha tenido la dinámica civilizatoria en la obra de Elias, para entender de qué manera va acercándose a lo que podría considerarse como la descripción temprana de los mecanismos de integración global del mundo contemporáneo.

Ya en el año 1936³ se encuentra formulada la versión inicial de esta extensa teoría. Los desarrollos ulteriores no serán ni más precisos ni más minuciosos: simplemente aportarán elementos nuevos, o ampliaciones de aspectos ya contenidos en este desarrollo inicial.

Es frecuente que en la lectura de *El proceso de la civilización* se enfatice su carácter descriptivo. Se presenta a Elias como continuador de Tocqueville, no viendo en el progresivo camino de la pacificación más que una constatación histórica o mera ideología. Pues bien: estas lecturas son, además de parciales, superficiales.

En la descripción de las transformaciones del comportamiento y las costumbres, subyace un esquema explicativo que debe ser considerado.⁴ Si los espacios se van pacificando progresivamente no es porque el hombre se haya enternecido o haya mejorado su talante moral. Ocurre que, al volverse más complejas las cadenas de interdependencias recíprocas que conforman las figuraciones en las que los hombres están inmersos, se va incrementando la necesidad de previsión y control, a largo plazo, de las acciones propias y ajenas. Simultáneamente, esto significa la centralización del poder y la riqueza, de manera que los pequeños feudos van fundiéndose como producto de sucesivas luchas en menos y más abarcantes unidades regionales, con su propio poder militar y político, hasta llegar a un monopolio de la violencia legítima, de la moneda y de los centros de decisión política. Con esto, se dan las bases de lo que serían los Estados modernos, en la medida en que se va pasando de los feudos a la corte, y de ésta al Estado-nación.

Es por eso que se incrementa progresivamente la autocoacción, no a consecuencia de un progreso espiritual sino porque esta concentración de poder instaaura una nueva instancia de previsibilidad desde el momento en que existe el monopolio de la violencia física.⁵ De allí que la autocoacción y

³ Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. Véanse pp. 231-233, 263-264, 267, 276, 345, 382, 392-395, 405, 464-466 y 499-500.

⁴ Éste se expone de manera más sistemática en el "Resumen. Bosquejo de una teoría de la civilización" (*op. cit.*, p. 449-532).

⁵ Es curioso cómo en esta obra Elias, en recurrentes alusiones solapadas a la concepción de Estado de Weber, elide sistemáticamente el término "legítimo". Por ejemplo, aduce: "La esta-

la incorporación de nuevos pudores y desagradados sean correlativas al incremento de la coacción externa, en la medida en que ésta pueda ser interiorizada. Es decir: la autocoacción no presupone el fin de la coacción social; sin embargo, implica la transformación de ésta.

El cambio es más cualitativo que cuantitativo. Es decir: la pacificación alude antes a la transformación del carácter de la violencia que a una disminución de su magnitud. Más allá de si ella afecta hoy a una mayor o menor cantidad de personas, es preciso notar que ya no es aceptado socialmente el regodeo público en la aplicación de ésta. Mal podría siquiera el verdugo ufanarse del goce experimentado en el momento de conectar la silla eléctrica, mientras que antaño las matanzas del señor se celebraban con cantos, poemas y grabados en los que se ensalzaba de manera detallada e ilustrativa el acto en que se daba muerte a los enemigos. Actualmente, la justificación de una guerra, una ejecución, o cualquier acto represivo debe apelar a la razón, la libertad, y de manera especial a la pacificación y la seguridad.

Lo cierto es que, a partir de la constitución de órganos específicos de vigilancia, represión y derecho, la coacción se vuelve más distante, impersonal, pero también más internalizada y capilar. El individuo, entonces, ya no está a merced de la reacción irracional e inmediata de los otros, pero tampoco se le permite —ni se permite a sí mismo— expresar sus emociones de manera espontánea y enérgica.

El incremento de la complejidad y el alcance de las figuraciones no sólo afecta el carácter de la violencia en las sociedades civilizadas sino también la relación entre las clases sociales. Elias cree que existe una progresiva disminución de los contrastes y las desigualdades de clase, y un correlativo

bilidad peculiar del aparato de autocoacción psíquica, que aparece como un rasgo decisivo en el hábito de todo individuo 'civilizado', se encuentra en relación con la *constitución de institutos de monopolio de la violencia física* y con la estabilidad creciente de los órganos centrales. Solamente con la constitución de tales *institutos monopolícos* estables se crea este aparato formativo" (*op. cit.*, p. 453; cursivas mías). Expresiones semejantes pueden hallarse en diversos pasajes del mismo texto (véanse pp. 454 y ss., 463-464 y 498), y a lo largo de toda la obra de Elias. De manera ilustrativa, puede citarse un reportaje, en el cual Elias critica duramente a Weber. De ellas, menciona que "una frase completamente acertada y que daba con el centro de la cuestión del Estado": aquella que lo relaciona "con un monopolio central de la violencia física" (Wolfgang Engler, "Conversación con Norbert Elias", en: Norbert Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Norma, 1998, p. 516). Nótese que aquí vuelve a elidir el término "legítimo", ya no hablando por cuenta propia sino leyendo a Weber. Esto es indicio de que la versión weberiana del Estado difiere de la de Elias en que ella lo concibe como monopolio de la violencia *legítima*. Esta distinción no es menor, y puede ser interpretada en el sentido de que para Elias la violencia es más un problema de hecho que de derecho, pues le preocupa antes la amenaza concreta que el problema político de la legitimidad.

aumento de la variedad y diversidad de funciones e individuos. Esto es: las clases bajas se elevan progresivamente (no sólo porque aumenta su poder, sino también porque imitan e incorporan modales que otrora eran patrimonio exclusivo de las clases altas), a la vez que los sectores dominantes de la sociedad ven progresivamente recortadas algunas de sus prerrogativas y deben considerar cada vez más los intereses e inquietudes del conjunto de la sociedad. Elias expresa esta idea en términos de una “mayor dependencia de la clase alta” y un “mayor ascenso de la clase baja”.⁶

Éste es, en síntesis, el primer desarrollo del proceso de la civilización en la obra de Elias. El mismo concluye con la descripción de las sociedades occidentales ya civilizadas, y el intento por ampliar su modo de vida a otras latitudes, aún valiéndose de medios no muy civilizados como la conquista y la colonización.

Sin embargo, debido a que Elias ha insistido en diversas ocasiones en que el proceso de la civilización no tiene un principio (por más que sus análisis suelen tomar como punto de partida el siglo xi) y en que —como proceso— no tiene, al menos hasta hoy, un final a medida que avanzaba su vida —correlativa de casi la totalidad de nuestro siglo— continuaba el análisis de su dinámica.

En *Sociología fundamental* (1970),⁷ Elias hace énfasis en la idea de que el proceso de racionalización es heredero de las guerras santas; y que la razón de hoy es producto de la violencia de ayer. Ocurre, pues, que no hay figuración sin antagonismo y jerarquía, sin tensiones y conflictos. De todos modos, es posible ampliar los márgenes de la racionalidad en la civilización, ya que aún perviven creencias y fantasías que deben disiparse.

Lo importante de esta tesis, es que tiene alcance internacional. Lo que más le preocupa a Elias no es que las personas aún alberguen sueños respecto del mundo en que viven, o que expliquen los procesos sociales mediante mitos y utopías, sino que aún no se haya roto el *clinch* o compresión mutua entre Estados, pues hasta que no se logre eso resultará imposible dirigir racionalmente el proceso en el que están inmersos.

Para romper este *clinch* es preciso fortalecer la idea de que la propia nación es sólo una entre otras en tanto parte de un proceso que las trasciende. La sociología es hasta el momento tan incapaz como los actores políticos de pensar la relación entre Estados como un entramado dinámico. Esta difi-

⁶ Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 506.

⁷ Norbert Elias, *Sociología Fundamental*, Barcelona, Gedisa, 1982, pp. 32-34, 158, 167, 199, 207, 170-171, 176-178.

cuitad no proviene de obstáculos meramente epistemológicos sino que su origen es social: para superar el problema, Elias considera que hace falta mayor integración entre las unidades ofensivas y defensivas de carácter interestatal.

Tarde o temprano esta integración llegará, puesto que la figuración de los Estados tiende hacia la formación de unidades de organización mayores. Lo que mueve este proceso es el hecho de que, si bien las relaciones intraestatales están pacificadas (en el sentido de que existe el monopolio de la violencia física), no ocurre lo mismo con las relaciones interestatales (en las que la violencia física todavía es un recurso disponible). Esto podría interpretarse en el sentido de que la relación entre Estados se encontraría en un nivel civilizatorio análogo al que imperaba entre los individuos previo a la época cortesana.

A su vez, el Estado y la economía mantienen estrechos vínculos entre sí, razón por la cual ella también está inmersa en los procesos ya descritos. Los mercados tienden a integrarse en unidades cada vez mayores, los Estados se desarrollan en estrecha relación con los entramados comerciales e industriales, y ambos forman parte de la evolución de un único marco funcional social.⁸

En este punto errarían tanto el liberalismo (caracterizado como la concepción de que el ámbito económico “es el motor del desarrollo social en general”)⁹ cuanto el marxismo (al cual Elias le atribuye la noción de que el Estado “*debía ser sólo una institución para la defensa de los intereses burgueses*”).¹⁰ Ambos cuerpos teóricos y doctrinarios mantendrían fuertes componentes emocionales y fantasías de las que es preciso desprenderse a fin de comprender la lógica del proceso civilizatorio.

La misma debe ser pensada a partir de la concepción amplia del “desarrollo social”, que no caracterice el progreso en términos meramente económicos. Sólo habrá desarrollo social si se toman medidas basadas en la producción y la renta que únicamente pueden definirse desde el gobierno con el objetivo de generar una transformación *global* (no sólo económica).

La especificidad del desarrollo social en la concepción de Elias es su afinidad con la dinámica propia del proceso civilizatorio, que lo define no como una acción sino como una función “impersonal y automática” de la sociedad. Nadie puede dirigirlo por sí mismo, si bien algunos tienen más poder que otros para hacerlo. Se trata, en síntesis, de un cambio parcialmente autorregulado que también tiene consecuencias no queridas.

⁸ *Op. cit.*, p. 170.

⁹ *Op. cit.*, p. 171.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 169, 177-179, 185-188; subrayado en el original.

Años después, en un artículo titulado “Hacia una teoría de los procesos sociales” (1977),¹¹ Elias amplía nociones ya esbozadas en las obras mencionadas hasta aquí.

De *El proceso de la civilización*, retoma la cuestión del nexo entre los cambios de las estructuras sociales y los cambios de la personalidad, considerados en una perspectiva de largo plazo. El análisis de estas interrelaciones se ha vuelto nodal para la teoría de la civilización, hasta el punto que aquí Elias describe la tarea de la misma como consistente en investigar de qué manera surgen y se explican los cambios de las estructuras sociales y la personalidad. Así, por ejemplo, la creciente monopolización de la violencia y los tributos fiscales son condición del desarrollo de las estructuras de la personalidad hacia una mayor civilización de las emociones y la conducta.

Esta vinculación entre lo estructural y lo psíquico es tan estrecha que Elias llega a considerar que factores tales como el incremento de la autorregulación en detrimento de la regulación externa, tanto como el pasaje de un predominio del miedo generado por uno mismo en relación con el generado por otros medios, son “peculiaridades estructurales” del proceso civilizatorio. También considera indicio de este proceso a la creciente universalización, homogeneización y moderación de la autorregulación del individuo.

Estas antiguas nociones cobraron un nuevo matiz a partir de *Sociología fundamental*, al hacerse énfasis en el carácter complementario de los distintos procesos que intervienen en la civilización tales como la división de funciones, la formación del Estado y otras tendencias. Elias insiste en que ninguna de ellas tiene primacía absoluta sobre las demás, ni constituye su “base” o “fuerza motriz”¹² sino que se trata de funciones complementarias que forman parte de “cambios globales no planeados de las sociedades a largo plazo”.¹³

El carácter global de este fenómeno es de importancia primaria en esta cuestión, no sólo por la referencia explícita al término sino también porque el mismo se remite a cuestiones que hacen a la globalización tal como es entendida: como una progresiva integración de unidades sociales menores en otras mayores. Sólo hay que hacer una salvedad respecto del lapso en que ella ocurre. Para Elias, esta tendencia integradora es de larga duración, y se remite —al menos— a la Europa medieval, cuando los jefes guerreros de los Estados cristianos, ligeramente unidos a la Iglesia papal, rompieron el asedio de que eran objeto, creando condiciones para “la conformación de uni-

¹¹ Norbert Elias, “Hacia una teoría de los procesos sociales”, en Norbert Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Norma, 1998. Véanse pp. 156, 184-188.

¹² *Op. cit.*, pp. 186-187.

¹³ *Op. cit.*, p. 187; cursivas mías.

dades de integración estatal mayores”.¹⁴ Por razones que serán analizadas después, puede considerarse que la globalización, en sentido estricto, es un fenómeno contemporáneo; no obstante, es heredero de estos procesos de integración. De todos modos, ya que Elias no refiere el término “global” a una acepción estricta, cabe considerar que las diferencias mencionadas son simples cambios de énfasis.

Otra noción importante —que resulta innovadora en tanto que incorpora reflexiones que luego serán retomadas en diversos textos de Elias— es la de que las tendencias de larga duración contienen también tendencias opuestas. Por ejemplo, así como existe la propensión hacia la integración de unidades sociales mayores, también se da la desintegración de éstas.

Estas consideraciones, llevadas al ámbito del proceso civilizatorio conducen a la afirmación de que el desarrollo social se realiza en forma ciega “con muchos reveses, por vías tortuosas”, y es desperdiciador “de vida y sentido”.¹⁵

Por último, es importante mencionar otra cuestión original que introduce este texto: la existencia de “medios de orientación”. Éstos consisten en los símbolos que utilizan los hombres como medios de comunicación, orientación y control. Este tema no se desarrolla aquí, sino que será ampliado en trabajos posteriores de Elias, llegando incluso a ocupar el lugar de un “universal”.¹⁶ Pero antes de analizar esto, se deben considerar otros textos más cercanos a éste en el tiempo.

Elias vuelve a retomar los desarrollos iniciales de *El proceso de la civilización* en “La civilización de los padres” (1980).¹⁷ Allí está la síntesis de las principales tesis de aquella obra: el proceso civilizatorio consiste en una cadena de coacciones que “emanan de los hombres interdependientes”. Así, las interacciones “planeadas de muchos hombres” generan el desarrollo de las unidades sociales que ellos conforman sin que este desarrollo haya sido planeado por nadie.

Además de sintetizar algunos aspectos ya desarrollados en obras anteriores, este texto prolonga el análisis del proceso civilizatorio más allá del punto en que había quedado en 1936. Así es que, en el estudio de las transformaciones de la relación entre padres e hijos como un aspecto del proceso civilizatorio, Elias esboza una semblanza de lo que puede caracterizarse como

¹⁴ *Loc. cit.*

¹⁵ *Op. cit.*, 1998, p. 195, n. 7.

¹⁶ Véase “El retraimiento de los sociólogos en el presente”, en Norbert Elias, *Conocimiento y poder*, Madrid, La Piqueta, 1994, pp. 195-231.

¹⁷ Norbert Elias, “La civilización de los padres”, en Norbert Elias, *La civilización... op. cit.* Véanse pp. 433-434, 437-438, 443, 446.

el estado actual del proceso civilizatorio. Considera que hay una “creciente sensibilidad” y un “avance de las barreras de vergüenza con respecto a los olores, en particular a los del cuerpo”; mientras que la “susceptibilidad frente al ver a otra persona desnuda” habría retrocedido “un tanto”.

De esto último se hará referencia al concluir con el análisis de “La civilización de los padres”. Ahora, en cambio, se desarrollará la primera cuestión, pues es la que mejor ilustra el estado de la civilización en el momento en que Elias escribió este artículo. Al respecto, menciona que la civilización se muestra cada vez más susceptible respecto a los olores corporales, y que resulta penoso incluso hablar del tema. Como consecuencia de esta transformación, la industria ha generado una diversidad de productos cuya función es la de “tapar” o “refinar los olores del cuerpo”.

Esto introduce otra cuestión —que resulta importante en este texto—, la relación entre adultos y niños. En lo que respecta a los olores corporales, es notorio el malestar de los adultos frente a la incapacidad de los niños de regular el tiempo y el lugar apropiado “para sus necesidades naturales”.¹⁸ Esto es indicio de la creciente “distancia entre el nivel de regulación de las pulsiones socialmente exigido de los adultos y la espontaneidad animal de las expresiones de los instintos de los párvulos”. En los Estados industriales más desarrollados, la “domesticación de las necesidades naturales” ha llegado “al extremo de un total aislamiento de los hombres para estos menesteres”, lo cual es interpretado por Elias como indicio de “una ola civilizatoria mucho más amplia”.¹⁹

Este aumento del aislamiento individual es sinónimo de complejidad. Si en las sociedades industriales desarrolladas el individuo se encuentra crecientemente aislado en los “aspectos más animales de la vida humana”, “incluso en la familia”,²⁰ es porque ellas se han vuelto más complejas. En cambio, en sociedades más simples, “el proceso de civilización individual es más corto, es menos difícil y menos profundo”.²¹

Las transformaciones aludidas nos conducen a otro ámbito, que Elias lo desarrolla de manera más explícita que antes: la civilización de las relaciones familiares. Esto no necesariamente contribuye a hacer más fácil y armoniosa la vida familiar, sino que también es fuente de conflictos pues implica “una serie de condiciones que dificultan el logro de una relación civilizada entre padres e hijos”. En efecto: “la creciente individualización e independi-

¹⁸ *Op. cit.*, p. 429.

¹⁹ *Op. cit.*, pp. 430-431.

²⁰ *Op. cit.*, 1998, p. 431.

²¹ *Op. cit.*, p. 430.

zación de todas las personas implicadas en la construcción de una familia actúa decididamente en esa dirección”, ya que —como nunca antes— sus miembros “tienden a tener una vida individual sólo para sí mismos”, al asumir tareas y establecer relaciones “independientemente de los demás miembros de la familia, incluso los niños”.²²

El de la niñez es, justamente, otro de los temas que —siempre presentes en la obra de Elias— se convierten ahora en centro del análisis. El proceso civilizatorio “individual” conlleva una regulación de los afectos y pulsiones tal que actualiza el potencial biológico del individuo a las prescripciones de su sociedad. Esto, en el caso de los niños, implica que ellos deben convertirse progresivamente en adultos civilizados. Ahora bien: dado el carácter cada vez más complejo y diferenciado de la sociedad de los adultos, el proceso de “transformación civilizatoria” de los niños se vuelve cada vez más prolongado y complejo.

Estas transformaciones también inciden en el otro polo de la relación: los padres y adultos. En este sentido, hay un “relajamiento de las barreras de respeto en el trato entre padres e hijos”, es decir, una “informalización” que se expresa —por ejemplo— en la prohibición del “uso de la violencia física en las relaciones intrafamiliares”, no sólo en lo que hace al “trato entre adultos y niños en el marco de la familia” sino también al “trato de adultos y niños en general” (y en particular al de “los maestros y los niños en la escuela”).²³ En términos generales, entonces, puede hablarse de “una renuncia cada vez más extendida al empleo de la violencia física como forma de represión de los niños por parte de sus padres” y los adultos en general.²⁴

Otra modalidad de “informalización” es la que tiene lugar en las costumbres sexuales. Se ha dejado esta cuestión para el final debido a sus implicaciones, ya que las consecuencias que este fenómeno tiene para la teoría de la civilización son relativamente complejas y merecen una consideración aparte. Además, introducen una problemática epistemológica que con el tiempo aparecerá recurrentemente y con creciente presencia: la existencia de cambios contrarios a la dirección dominante en el proceso civilizatorio.

En pocas palabras, la cuestión es la siguiente: según la teoría de la civilización, debería observarse un creciente autocontrol y contención en las costumbres y la expresión de las pasiones; sin embargo, en materia sexual parece ocurrir todo lo contrario, ya que se da una creciente liberalización y

²² *Op. cit.*, p. 447.

²³ *Op. cit.*, 1998, p. 443.

²⁴ *Op. cit.*, pp. 442-443.

relajación, que tiene su auge en la generación joven de posguerra, que no acepta “los reglamentos civilizatorios convencionales como mandamientos de las respectivas generaciones mayores”.²⁵ Ahora bien, interpretar ésto en el marco de la teoría de la civilización es importante para Elias, pues de lo contrario se volvería una prueba en contra.

La respuesta probable es la siguiente. En primer lugar, admite que existe una “informalización observable” en materia sexual, entendida como el “relajamiento relativo de los rituales y tabús victorianos”, pero advierte luego que no debe interpretársela como un “relajamiento del autocontrol individual”. Es verdad que en la actualidad, como en otras épocas, existen estos “fenómenos de relajamiento”, e incluso Elias admite que “tal vez se presenten con mayor claridad en una época en que se experimentan nuevas formas de convivencia”, como es la actual; pero menciona también que no debe olvidarse que el desarrollo de las “sociedades más complejas, más rigurosamente organizadas y en mayor medida pacificadas de nuestros días, exige de cada persona un mayor grado de diferenciado autocontrol que nunca antes”.²⁶ Luego, no debe hablarse de “olas de informalización”, pues esto haría perder de vista que este fenómeno se da “en sociedades extraordinariamente complejas que exigen, en amplios ámbitos de la vida, un comportamiento rigurosamente regulado de los hombres en el trato con los demás”.²⁷ En otros términos, la informalización de las costumbres sexuales es una tendencia que va contra la tendencia dominante en las sociedades desarrolladas, las cuales exigen en diversos ámbitos no una informalización sino una mayor regulación de las conductas.

Ésta es la manera como Elias pone a resguardo su teoría de la civilización sin negar, tampoco, la evidencia histórica. Esta actitud constituye el embrión de consideraciones epistemológicas más explícitas a procesos de relativa “descivilización”, que aparecerán en trabajos posteriores. Por el momento, no pasa de ser una reflexión puntual a propósito de un observación específica que no alcanza a redefinir las tesis de su obra prima.

Poco después, en *Compromiso y distanciamiento* (1983),²⁸ Elias vuelve a evocar *El proceso de la civilización* mencionando que pretendía explicar la diferencia de poder entre Estados y describir la sociogénesis de su monopolio central en cuanto a poder y capacidad de dirigir el proceso social. En esta

²⁵ *Op. cit.*, p. 440.

²⁶ *Op. cit.*, 1998, p. 443.

²⁷ *Op. cit.*, p. 442.

²⁸ Norbert Elias, *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Barcelona, Península, 1990. Véanse pp. 63-65, 73-74, 98, 100-101, 104-105.

relectura, la “teoría de la civilización” pasa a ser el estudio de la manera como “cada ser humano se interrelaciona consigo mismo, visto como plano del desarrollo de la humanidad”.²⁹

Lo que más interesa aquí es la manera como Elias piensa la función del Estado en el desarrollo social. Según su entender, los Estados nacionales son figuraciones (un sistema de interdependencias funcionales) que no pueden comprenderse separando su dimensión interna de las cuestiones interestatales, que en el siglo xx estuvieron más “inextricablemente ligadas” que nunca. Esta relación, sin embargo, es compleja; es decir, vincula términos heterogéneos, ya que el proceso civilizatorio ha alcanzado un nivel distinto en cada uno de estos ámbitos. En muchos Estados, la eficacia de la monopolización del poder físico y el control de la violencia se ha incrementado sostenidamente durante los últimos 300 o 400 años; sin embargo, la relación entre Estados casi no ha cambiado sino que mantiene un carácter “arcaico” debido a que no existe un monopolio del poder físico ni una instancia superior capaz de obligar a los Estados más fuertes a mantener la paz.

Esta observación, aparentemente trivial, tiene importancia para el problema: lo que hoy se entiende por “globalización” no dista mucho de la búsqueda de Elias por encontrar un orden supraestatal en el que la violencia física responda a una organización racional, a la pacificación de un nuevo espacio terrestre, y a la instauración de algún tipo de autoridad central.

Al igual que antaño en las relaciones interpersonales, hoy predomina en el ámbito interestatal la fantasía y la emoción. En este punto, Elias introduce la problemática de fondo de *Compromiso y distanciamiento* en la política internacional, lleva la teoría del “enlace doble” a las relaciones entre Estados. Las mismas se encuentran “presas y coaccionadas” de manera semejante a lo que ocurría anteriormente con otros ámbitos de la vida social. El espacio de las relaciones internacionales es el último reducto de la modalización poco civilizada (“primitiva”, “arcaica”, casi mítica) de las relaciones políticas y las emociones personales. A causa de este “enlace doble”, no se puede planear ni dirigir racionalmente el desarrollo de esta figuración. Por ejemplo: si bien nadie desea una guerra atómica, según Elias avanzamos involuntaria y automáticamente en esa dirección.

La única manera de superar este dispositivo autodestructivo es encontrar la forma racional de dirimir los conflictos internacionales y la autoridad supraestatal que los regule. Éste es quizás uno de los aspectos más polémicos de la propuesta de Elias, pero seguramente resulta menos ingenuo de lo que parece a primera vista, al menos en dos puntos: no niega la existencia de dife-

²⁹ *Op. cit.*, p. 64.

renciales de poder, ni supone la dulcificación de las costumbres generalizada. Respecto del primer asunto, Elias menciona que existe una jerarquía de poderes en la organización interestatal del mundo. Se trata de un orden “bipolar en la cima y multipolar en la base”, en el que los Estados se jerarquizan según el “potencial de poder” de cada cual.³⁰ Y en lo que atañe a la segunda cuestión, es bien consciente de que la división social del trabajo, que presupone la centralización del uso de la violencia y la pacificación, conlleva un peligro que aún no ha sido conjurado; dentro de los Estados, el uso de la violencia física está conferido a grupos armados especializados, cuyo carácter civilizado “sigue siendo un problema sin resolver”.³¹

Esta postura tampoco niega otro tipo de conflictos, como la lucha de clases. En una entrevista realizada en el año 1984, Elias recurre a este concepto para aplicar *El proceso de la civilización* al problema del nazismo. Luego de aludir a problemas psicogenéticos y a la existencia de un superyo “irregular o incompleto”, menciona que este esquema psíquico entró en conjunción con la “lucha de clases”, dando como resultado la estructura estatal autoritaria y los horrores que le siguieron.³²

Es oportuno detenerse aquí. Elias siempre ha recuperado crítica —muy críticamente— a Marx, pero al hablar de lucha de clases puntualiza que “el modelo marxista es en este punto plenamente acertado”.³³ Pues bien, la utopía esperanzadora de cierto marxismo le resulta demasiado fantasiosa y mítica, pero no así la descripción de los conflictos sociales.

Baste con esto para ilustrar un aspecto esencial del pensamiento de Elias. La propuesta de buscar una mayor pacificación a nivel internacional puede ser discutida por otros motivos, pero no en función de un encubrimiento de las relaciones de poder, la explotación, o las luchas colectivas.

En otra entrevista publicada el mismo año —“Conocimiento y poder” (1984)—³⁴ Elias busca la posible solución al problema recién enunciado. Sostiene que sólo una fuerza policial o militar bien organizada puede contar con legitimidad para hacer uso de la violencia y evitar que otros la empleen.

La búsqueda de este tipo de medidas es evidencia de que Elias no concibe la formación del Estado como un proceso “natural” tal que, una vez logrado, no se lo pueda perder. Advierte que “ésa es una interpretación errónea, ya

³⁰ *Op. cit.*, p. 100.

³¹ *Op. cit.*, 1990, p. 103.

³² “Entrevista biográfica a Norbert Elias” realizada por A. J. Herma van Voss y A. van Stolk, en Norbert Elias, *Mi trayectoria intelectual*, Barcelona, Península, 1995, p. 73.

³³ *Loc. cit.*

³⁴ Peter Ludes, “Conocimiento y poder. Entrevista con Norbert Elias”, en Norbert Elias, *Conocimiento y poder*, *op. cit.* Véanse pp. 90, 98, 102-103, 111.

que una desintegración parcial o total de los Estados se ha producido con cierta frecuencia". Y los ejemplos que sustentan esta afirmación son elocuentes: "la apuesta de Hitler por una hegemonía europea tuvo como resultado una división del antiguo Reich alemán". Así, los "conflictos intra e inter-Estados pueden dar lugar a divisiones, a fragmentaciones y repartos de los Estados". Es que las tendencias hacia un amplio control central de los Estados (como las que existen actualmente) no son incompatibles con la existencia de "contra-tendencias" que rompen esos monopolios o simplemente supervisan a "los controladores de esos monopolios centrales".³⁵

Visto esto a largo plazo, puede decirse que actualmente resulta más fácil desafiar al Estado que en la Edad Media, pues entonces el costo elevado de los medios necesarios para el ejercicio de la violencia (caballo, armadura, espada o lanza, etc.), contribuía a sustentar la "irresistible superioridad militar al grupo de caballeros" sobre los campesinos, hasta el punto de que éstos "arrazaban los campos"; en cambio, hoy, "grupos militares de la oposición pueden violar el monopolio de la fuerza física del Estado durante muchos años si cuentan con el suficiente apoyo de la población".³⁶ No obstante, esto no alcanza a refutar la teoría de la civilización sino que muestra la existencia de contramovimientos al interior de éste. Si bien la civilización es un proceso de continuo progreso, también incluye regresiones y contramovimientos que son resultado de sucesivas luchas.³⁷

Elias lleva la cuestión de las luchas sociales también al plano de la actualidad y el futuro cercano mediante "una pequeña historia utópica". En ella se refiere a un futuro imaginado.³⁸

El escenario en cuestión es el siguiente. El principal foco de conflictos y tensiones había pasado de situarse al interior del Estado a situarse en la relación entre Estados, ámbito en el cual persistían grandes diferencias de poder, lo cual resultaba perturbador y contrastaba con la situación interna a cada uno de los estados. De todos modos, en este contexto, se discutía si era conveniente "dejar intacto el supremo poder del Estado y, al mismo tiempo, crear una institución independiente cuyos miembros pudiesen debatir públicamente las cuestiones políticas más importantes y cuyos resultados, consultivos y no impositivos para los gobiernos, tuviesen no obstante suficiente autoridad y

³⁵ *Op. cit.*, p. 97.

³⁶ *Op. cit.*, p. 95.

³⁷ *Op. cit.*, p. 96.

³⁸ La historia, de todos modos, no es completamente "utópica" ni "imaginaria", dado que incluye, por ejemplo, claras alusiones a Stephen Hopkings y otras referencias solapadas a cuestiones de actualidad (*op. cit.*, p. 105).

repercusión en la opinión pública como para hacer que los gobiernos los tuviesen en cuenta”.³⁹

En medio de estas discusiones, surge “una tensa situación internacional amenazada por una guerra”. Entonces se escribe un informe referente a “los cambios a largo plazo del sistema de poder interno y, por tanto, de los cambios en el sistema político de los países beligerantes”. Luego de una serie de debates, los expertos llegaron a “un acuerdo unánime sobre los posibles cambios en el sistema político resultantes de una guerra larga”.⁴⁰ Sin entrar en los pormenores de este acuerdo, este texto se limitará a rescatar una cuestión particularmente importante para nuestro tema, algunos “argumentaban que la construida y no planificada dinámica de *una emergente comunidad mundial global de naciones-Estado* estaba lejos de ser demasiado fuerte. [...] No se podía por más tiempo tener en cuenta únicamente el desarrollo interno de un Estado determinado como si existiese aislado del resto, como si su desarrollo fuese independiente del de otros Estados”.⁴¹

Esta cuestión se amplía en *Humana conditio* (1985),⁴² e incluso constituye el objeto principal del texto. El diagnóstico de Elias es sencillo pero alarmante (especialmente porque ya no se refiere a situaciones imaginarias), estudia el contexto de la época, en el cual la polarización de las superpotencias alentaba el miedo de un desastre nuclear. Pero más que el diagnóstico, interesa la solución —y no por original, sino más bien porque evidencia de manera temprana cuestiones que en la actualidad, 15 años después, se han vuelto moneda corriente.

Partiendo del supuesto de que hay un “ánimo competitivo” entre los dos o tres Estados más poderosos de la tierra —una “lucha por la supremacía”—, Elias concluye que es probable que el mundo enfrente una nueva guerra en la que se midan los mayores poderes militares del orbe. Si a lo largo de la historia todas las confrontaciones entre las dos mayores potencias militares del mundo han terminado mediante una guerra que define el resultado de la lucha por la hegemonía, es probable que en el futuro vuelva a darse un enfrentamiento de este tipo. Sin embargo, aquí la diferencia cuantitativa puede significar un cambio cualitativo. La situación actual no tiene precedentes en cuanto a su potencial de destrucción planetaria. Esto abre una puerta a otro tipo de soluciones en la lucha por la hegemonía mundial.

³⁹ *Op. cit.*, p. 112.

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 116.

⁴¹ *Op. cit.*, p. 118; cursivas mías.

⁴² Norbert Elias, *Humana conditio. Consideraciones en torno a la evolución de la humanidad*, Barcelona, Península, 1988. Véanse pp. 26, 65-67, 71-75, 78, 85-88, 90-91, 129.

Es verdad que parece improbable que el conflicto se resuelva racionalmente, ya que aún dominan el escenario internacional numerosos sueños y temores. La guerra fría mantiene semejanzas con las guerras religiosas, de las que proviene; es, también, una lucha de ideologías, de creencias. De todos modos, se puede pensar qué hacer al respecto.

Elias tiene en mente dos alternativas, podría surgir una *pax soviética* o una *pax norteamericana* a partir de la aniquilación de uno de los rivales sin que se destruyera la tierra, pero —como en la actualidad todo incremento del poder relativo de una de las potencias es compensado con un incremento igual por parte de la otra— la idea de que uno de los rivales podría debilitarse o aniquilarse sin una guerra no es más que una ilusión de los regímenes capitalista y comunista. En consecuencia, Elias considera improbable que se produzca —o, al menos, que dure— un *Imperium mundi* en el cual un Estado poderoso unifique bajo su dominio a todos los demás.

Más probable le parece la segunda alternativa: que el mundo se unifique mediante instituciones mundiales que sigan el antecedente de las Naciones Unidas y la Sociedad de Naciones. Incluso si la primera forma prosperara, en el largo plazo se impondría esta segunda posibilidad ya que, si hay otra guerra y quedan sobrevivientes, es sensato pensar que la humanidad buscaría otra manera de resolver los conflictos. Surgirían, entonces, “instancias para el arbitraje de conflictos internacionales” a las que todos los Estados tendrían que “someterse”.⁴³ Luego, por más que para Elias la guerra es una institución social y una tradición fuertemente arraigada en los hombres —“el eterno destino del ser humano”—,⁴⁴ el carácter y la dimensión de las consecuencias que tendría actualmente una guerra a nivel mundial son tales que introducen un cambio cualitativo en las relaciones internacionales.

De todos modos, no se trata más que de una posibilidad incipiente. La debilidad del Tribunal Internacional de La Haya lo demuestra. A los tribunales internacionales les faltan “órganos ejecutivos”.⁴⁵ La estructura de la organización estatal tradicional obstaculiza la creación de instituciones internacionales para prevenir la guerra porque se basa en el concepto de una soberanía absoluta de cada Estado individual. Pero incluso allí es posible buscar caminos futuros: la soberanía de cada Estado, en general, es respetada por los demás; lo cual genera una suerte de “solidaridad” interestatal que podría tomarse como punto de partida de las nuevas instituciones interestatales. La opinión pública también puede ayudar a dirimir disputas entre

⁴³ *Op. cit.*, p. 78.

⁴⁴ *Op. cit.*, p. 79.

⁴⁵ *Op. cit.*, p. 83.

Estados. Y sería bueno crear corporaciones asesoras neutrales de carácter internacional.

Estas potencialidades le hacen exclamar a Elias que “la evolución de la humanidad se encuentra en un punto o, expresado con más propiedad, en un periodo en que los seres humanos afrontan por primera vez la tarea de organizarse *globalmente*, es decir, como humanidad”.⁴⁶ Es así que, de manera embrionaria, esta obra introduce lo *global* como tarea de la hora y esperanza para el porvenir.

Sintetizando, puede decirse que *Humana conditio* es un aporte prospectivo de Elias de carácter novedoso, ya que en él no se limita a seguir el desarrollo del proceso civilizatorio y anticipar su curso, sino que también sugiere más de una alternativa para el mediano plazo y aporta elementos para contribuir a que predomine la más racional de todas.

Un artículo del año 1987 —“El retraimiento de los sociólogos en el presente”—⁴⁷ retoma esta apuesta por un futuro más racional, sin desconocer por ello que también es posible un porvenir diferente. Elias sabe que las luchas sociales pueden conducir a “resultados inesperados” y dispares; así como es posible que se dé un “ascenso” y una “aceleración hacia un mayor nivel de integración y diferenciación”, también puede ocurrir que la humanidad se encamine hacia “un nivel más bajo de decadencia y de desintegración”.⁴⁸ Pero sabe, también, que a diferencia de épocas anteriores —cuando el término “humanidad” constituía “un inalcanzable ideal”—, actualmente es una posibilidad realizable desde el momento en que las diferentes tribus y los Estados existentes se unen más estrechamente que nunca.

Sin embargo, la mayor novedad —y el motivo de que se considere este artículo importante— consiste en que el proceso civilizatorio adquiere aquí un nuevo alcance: el de “universal”. En efecto: el mismo constituye “una de las funciones universales elementales de supervivencia que se encuentran en cualquier grupo humano”.⁴⁹ Y lo más llamativo es que aquí Elias considera como funciones universales diferentes al monopolio de la violencia física (el Estado) y la autocoacción (civilización).

Se debe también hacer referencia a un reportaje del año 1989: “Conversación con Norbert Elias”.⁵⁰ Si éste resulta de interés no es tanto por las

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 69; cursivas mías.

⁴⁷ Norbert Elias, “El retraimiento de los sociólogos en el presente”, en Norbert Elias, *Conocimiento y poder*, *op. cit.* Véase pp. 202, 208 y 228.

⁴⁸ *Op. cit.*, p. 227.

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 208.

⁵⁰ Wolfgang Engler, “Conversación con Norbert Elias”, en Norbert Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Norma, 1998, p. 513.

novedades que podría encerrar, sino porque aporta la mirada de conjunto a la obra de Elias, quien se refiere aquí a algunas de sus publicaciones. Por ejemplo, menciona que en *El proceso de la civilización* los detalles de los libros de etiqueta le mostraron el proceso de la civilización. También *Compromiso y distanciamiento* es mencionado, sirviendo de marco a la teoría de la civilización en tanto “implica una transición de conceptos ante todo comprometidos —ligados a afectos y cargados de emociones— a unos conceptos que son preeminentemente distanciados, en términos de emociones neutrales y desapasionados”.⁵¹

Luego su interlocutor menciona expresiones de *Humana Conditio* concernientes a la condición social de Elias en tanto “miembro de un grupo humano expuesto al asesinato colectivo”. En el texto, habría manifestado que “sintió como aterrador y horroroso el que en el fascismo alemán se hubieran combinado una estrategia político-militar irracional y un aparato racional de planeación y control de la liquidación masiva de seres humanos”.⁵² El entrevistador, entonces, le pregunta si considera que las catástrofes de este siglo, tales como el nazismo y la escalada nuclear, son impulsos “contrarios al proceso de la civilización” o fenómenos que lo “motivarían a corregir su teoría”.⁵³ A lo cual Elias responde que se lo malinterpreta cuando se entiende el proceso de la civilización “como un suceso natural, es decir, como una dirección siempre y necesariamente presente”. De la exposición de un movimiento civilizatorio no debe concluirse que éste “existe siempre y necesariamente”.

Acto seguido, menciona el texto *Sociología fundamental* para sostener que “los procesos sociales presentan al menos dos direcciones: una civilización continuada, o una descivilización”. Ambas realidades están presentes en todo momento, dado que existe una balanza entre estas dos direcciones. “De las circunstancias, sobre las cuales todavía no tenemos control, depende cuál de las direcciones logra el sobrepeso”.⁵⁴ A continuación agrega: “el concepto de desarrollo simple que tenían hombres como Comte o Hegel y que en cierta medida veían sólo una dirección posible, *yo ya no lo tengo*”.⁵⁵ Esto posibilita un segundo nivel del texto, que relaciona con la mayor riqueza de esta entrevista: además de pasar revista a su obra, Elias hace una profunda autocrítica.

⁵¹ *Op. cit.*, p. 526.

⁵² *Loc. cit.*

⁵³ *Op. cit.*, p. 520.

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 521.

⁵⁵ *Loc. cit.*; cursivas mías.

Es preciso detenerse en esta especie de confesión que el autor comenta que *ya no tiene* un concepto simple de desarrollo. De allí se infiere que alguna vez lo tuvo; pero también se puede colegir, a partir de los diversos trabajos mencionados, que ha realizado un constante esfuerzo por incorporar cada vez más decididamente una concepción compleja del desarrollo y los procesos sociales.

Como resultado de esta evolución, Elias se ha vuelto consciente de los límites y contingencias propios del proceso civilizatorio. Aquí comenta: “la total fragmentación de la humanidad me parece tan posible como una unificación pacífica. A ambas posibilidades hay que tenerlas en cuenta. [...] Se me interpreta completamente mal cuando se piensa que considero que hoy en día estamos en la cumbre de la civilización. Es un malentendido absoluto”.⁵⁶

En parte como consecuencia de esta toma de conciencia, Elias ha dejado de usar expresiones como “racionalismo e irracionalismo porque la expresión *ratio* está ligada con la vieja idea de que en nuestra cabeza cargamos una maquinita que nos dice por sí sola qué es bueno y qué es malo”.⁵⁷ No obstante, esta ausencia de certezas y este renunciamento a toda concepción teleológica de la historia no significa para Elias una postura pesimista. Antes bien, se confiesa algo ingenuo y confiado.

A este respecto resulta esclarecedora la pregunta de Engler acerca de si cuando elaboró la teoría de la civilización, tuvo “la sensación de haber escrito el libro contra el tiempo”, contra “su propio periodo vital”, ya que se refería a la civilización del comportamiento y los modales de los hombres en un lapso que comprende las dos guerras mundiales y la guerra fría. A esto Elias responde: “No, quizás era un poco ingenuo. Yo sabía que me hallaba en el camino correcto y tenía la correspondiente confianza, tal vez la confianza totalmente equivocada en que tarde o temprano este camino [de la civilización] se iba a imponer”.⁵⁸ Luego agrega: “sólo paulatinamente me di cuenta de que el desarrollo social no tiene que transcurrir necesariamente de un modo que hace que el camino correcto se imponga. Puede imponerse también el camino falso. Pero de esto tuve conciencia sólo relativamente tarde. [...] A mí se me aclaró lentamente que el mundo tal como es difícilmente corresponde a los deseos humanos. Pero considero que está al alcance de la fuerza humana lograr que se vuelva más acorde con los deseos de lo que hoy es el caso”.⁵⁹

⁵⁶ *Op. cit.*, p. 525.

⁵⁷ *Op. cit.*, p. 526.

⁵⁸ *Op. cit.*, pp. 519-520.

⁵⁹ *Op. cit.*, p. 520.

Por último, cabe destacar que Elias hace sólo una mención, pero de gran importancia, a los procesos de integración global. Y resulta significativo que se refiera a ellos a la vez como una cuestión de hecho y como un marco conceptual para la investigación. Incluso, no debe pasar inadvertido que Elias habla aquí en primera persona: “ya no puedo pensar a partir de un Estado en particular. En el fondo ya no puedo aceptar al Estado individual como marco [...] del pensamiento sociológico”. Luego agrega, “hasta el momento el desarrollo ha ido en dirección hacia una creciente integración de las tribus en Estados y de los Estados en unidades supraestatales, y yo creo que los sociólogos que quieren estudiar las estructuras pueden conseguir conciencia de éstas si tienen en la mira a la humanidad como un todo”.⁶⁰ Así, en esta perspectiva en torno a la integración progresiva de las unidades sociales hacia una humanidad global, convergen tanto procesos sociales, lineamientos conceptuales y metodológicos, y deseos personales.

Los deseos y fantasías a menudo aparecen en la obra de Elias como obstáculos al conocimiento; y su propia obra no escapa del todo a este embrujo, a pesar de sus permanentes esfuerzos por lograrlo. Como prueba, es posible remitirse a *Mi trayectoria intelectual* (1990),⁶¹ en la que se augura que —a no ser por efecto de una guerra— la bipolaridad mundial entre capitalismo y comunismo persistirá por mucho tiempo. No se sabe exactamente de qué año es el manuscrito de este texto, pero seguramente fue redactado con anterioridad a los sucesos de Berlín de 1989. Paradójicamente, es una obra caduca —en este aspecto— antes de su publicación. El “socialismo real” duró mucho menos de lo que esperaba Elias; pero sería un error impugnar un trabajo como este por un hecho tal, ya que existe en él un acierto aún mayor que el de anticiparse a la caída de la cortina de hierro. Elias insiste en que su teoría del proceso de la civilización —así como la sociología en general— no permite predecir acontecimientos; sin embargo, menciona que su valor consiste, en parte, en permitir anticipar algunas tendencias. Así, resulta consecuente con sus ideas exigirle cierta visión de futuro. Además, lo que este texto dice respecto del devenir de la humanidad es más profundo y duradero que su incapacidad por comprender el presente y el futuro de la Unión Soviética. Sin limitarse a sucesos macrosociales, y al mismo tiempo sin despreocuparse de ellos, Elias —en consecuencia con lo sustentado ya en 1936— vincula las transformaciones psicogenéticas con los cambios sociogenéticos. Una vez más apela a su teoría de las figuraciones para explicar estos cambios.

⁶⁰ *Op. cit.*, p. 530.

⁶¹ Norbert Elias, *Mi trayectoria intelectual*, Barcelona, Península, 1995. Véanse pp. 166-170 y 182.

Según su entender, existe hoy una imagen egocéntrica de las figuraciones, que concibe al individuo como un ser que se relaciona con una sociedad que le es exterior. Esta concepción es producto del proceso social actual, que se inspira en la imagen del empresario en tanto individuo libre que dirige su vida. Elias piensa, sin embargo, que esta ideología está decayendo, ya que existe una tendencia en la economía mundial a que un gran número de empresas se fusionen en un pequeño número de grandes empresas que dejan fuera de competencia a las unidades económicas menores. De este modo, la imagen del empresario individual que rige su destino libremente encontraría sus propios límites en la fusión de empresas, la creación de mercados más vastos, y la progresiva integración de los Estados.

No es que con esto se justifique el error de cálculo según el cual Elias concebía el futuro de occidente como una prolongada polarización entre capitalismo y comunismo, sino que resulta valioso que —a pesar del mismo— ha sido capaz de comprender y anticipar tendencias de más largo alcance que conducen a la progresiva integración de mercados y Estados que hoy se denomina “globalización”. Y es preciso subrayar la expresión “a pesar del mismo”, ya que se trata de una tendencia mucho más difícil de advertir en un mundo polarizado que dando por sentado una expansión del capitalismo mundial como modelo hegemónico de desarrollo social.

La revisión bibliográfica culmina con un artículo, publicado en 1995: “Tecnificación y civilización”.⁶² El mismo retoma desarrollos anteriores, pero vinculándolos con nuevas observaciones acerca de la técnica. Así, el proceso de la civilización gana un nuevo campo de aplicación.

En síntesis, este trabajo evidencia que el proceso de tecnificación y el de civilización comparten algunas características, tales como la de ser procesos de largo plazo no planeados ni orientados teleológicamente, que presentan ocasionales “movimientos contrarios” pero también una dirección discernible en el largo plazo. Igualmente vincula a ambos procesos el constituir un “aprendizaje para la humanidad” iniciado “en los tempranos días del género humano” y “continuado con reveses hasta el presente”. Ninguno de los dos tiene un final y sólo su dirección es “clara”, a pesar de que “nuestro lenguaje vernáculo nos impulsa a usar conceptos que dan la ilusión de un estado final en términos absolutos”.⁶³

En consecuencia, no existen sociedades ni individuos incivilizados. Sin embargo, hay criterios tangibles para determinar que algunos han llegado a

⁶² Norbert Elias, “Tecnificación y civilización”, en Norbert Elias, *La civilización...*, op. cit., véanse pp. 453, 459-460, 494 y 499-500.

⁶³ Op. cit., p. 456.

ser, en algunos aspectos, más civilizados que antes, por más que —concebida como un estado— la civilización sea sólo un ideal. Entendida como proceso, es una realización que no termina nunca pero que está en gestación, ya que se trata de “un proceso de *seres humanos* civilizando a *seres humanos*”.⁶⁴

Dicho proceso se relaciona “con el moldeamiento de una autorregulación que es imperativa para la supervivencia del ser humano” en tanto rompe el sometimiento a “los ascensos y descensos de los propios impulsos”, pasiones y emociones que exigen inmediata satisfacción y generan “dolor o sufrimiento cuando quedan insatisfechos”. Quien no aprende un patrón de autorregulación no está en condiciones de postergar la satisfacción de los impulsos ni de cambiar su dirección, razón por la cual se asemeja a un niño, tan incapaz de regular sus pasiones e impulsos como de vivir permanentemente en compañía de las demás personas.⁶⁵

Otra tendencia perceptible en la dirección del proceso civilizatorio hasta el presente, y a la cual contribuyó el proceso de tecnificación, es el incremento progresivo de la “calidad de vida” y las “oportunidades de felicidad” y placer como consecuencia de los patrones de autorregulación. Pero no todo es progresivo: así como tiene lugar “una aceleración en el proceso de civilización”, también se ha disparado “una aceleración en dirección opuesta, un movimiento hacia la *descivilización*”,⁶⁶ lo que hace posible variaciones de grado. Esto es: existen personas y grupos más y menos “civilizados o descivilizados”, así como “contraaceleraciones” o “aceleramientos hacia la descivilización”.⁶⁷

A su vez, “la aceleración de la tecnificación” significó una nueva y masiva “aceleración en la civilización” que facilita “grandes ventajas y placeres” provenientes —por ejemplo— de “la posesión y el uso de un vehículo”. Sin embargo, esto también ha generado “desventajas que son aceptadas”. En efecto, el automóvil no sólo introduce una aceleración civilizatoria sino también “una aceleración descivilizatoria que se manifiesta en las muertes regulares y en las frecuentes lesiones psíquicas”.⁶⁸

La tecnificación tuvo, además, otro efecto, que reviste particular relevancia para la cuestión aquí tratada, incrementó la cadena de interdependencias, y con ella la presión hacia una integración institucional a gran escala. En

⁶⁴ *Op. cit.*, p. 473; subrayado en el original.

⁶⁵ Norbert Elias, “Tecnificación y civilización”, en Norbert Elias, *La civilización...*, *op. cit.*, pp. 456-457.

⁶⁶ *Op. cit.*, p. 467; subrayado en el original.

⁶⁷ *Op. cit.*, p. 473; subrayado en el original.

⁶⁸ *Op. cit.*, pp. 475-476.

efecto, desarrollos tecnológicos como el avión y la televisión han contribuido a que las personas se encontraran en la situación de tener que prepararse para vivir con otros. Así, la tecnificación “ayuda a la gente de todos los colores a comenzar a sacarle provecho al hecho de que tienen que vivir unos con otros aunque sus patrones de autorregulación sean distintos”. Esto, obviamente, también genera tensiones y conflictos, ya que a ningún grupo le agrada “darse cuenta de que ahora es más dependiente de otras personas que antes”. Elias denomina a estas dificultades “tensiones de integración y desintegración”, y considera que ellas “dominan las figuraciones de los Estados hacia el final del siglo xx”.⁶⁹

A su vez, este acercamiento y encuentro de todos los habitantes del planeta aún no ha desarrollado en la misma medida “hábitos humanos” que permitan superar las diferencias. Es que todavía la expresión “género humano” resulta ser “una palabra vacía” si se la compara “con la importancia emocional de la propia tribu, el propio folclor, la propia nación”.⁷⁰ Así, por ejemplo, si bien existe una inequívoca presión a favor de la unidad europea, aún “el *habitus* de las personas, los patrones dominantes de autorregulación, se centran en la identificación con los Estados soberanos”. No obstante, es de resaltar que hoy nos encontramos ante un fenómeno singular: así como “posiblemente en los días tempranos de existencia de las especies humanas [...] no había más que un puñado de seres humanos semejante a nuestro género”, actualmente —por vez segunda en la historia de la civilización— “los seres humanos han formado colectivamente una verdadera unidad social, no sólo como una bella idea sino como una realidad”.⁷¹

Es que la “permanencia en la dirección del proceso humano de civilización” se encuentra “directamente relacionada” con la pacificación gradual “interna de los grupos de supervivencia”, que paulatinamente se extiende desde las relaciones sociales dentro del grupo (cuando la pacificación en las relaciones entre diferentes grupos es menor) en dirección a una figuración tal “que comprende un amplio número de unidades relativamente pequeñas, pasando por etapas intermedias”⁷² que constituyen la “transición de un amplio número de grupos reducidos a un pequeño número de grupos extensos”.

Esto “no sólo se expresa en la totalidad de las instituciones globales como el Banco Mundial o las Naciones Unidas sino también en tensiones y

⁶⁹ *Op. cit.*, p. 496-497.

⁷⁰ *Op. cit.*, p. 499.

⁷¹ *Op. cit.*, p. 495.

⁷² *Op. cit.*, pp. 547-458.

conflictos surgidos por la integración”.⁷³ De todos ellos, tal vez el más temido es —justamente— aquel que ya en los años setenta comenzaba a captar la atención de Elias: el de “la sombra de una guerra nuclear”. Elias admite que el “hecho de que en la actualidad la gente esté expuesta a un gran peligro oscurece el horizonte”; pero menciona también que, si se considera esta posibilidad en términos de un proceso, no debe inquietar hasta que sea “verificada, confirmada o rechazada cuidadosamente, teniendo como referencia una perspectiva de largo plazo”.⁷⁴

Finalmente, cabe agregar una consideración de carácter epistemológico. Elias señala que el desarrollo tecnológico no tiene “el papel fundador de la ‘primera causa’ en este movimiento de integración”, sino que la génesis de la técnica debe buscarse “en la dinámica intrínseca del mismo género humano”, ya que “el esfuerzo último y exitoso para crear medios de transporte más rápidos, deriva su fuerza de la dinámica intrínseca del género humano”.⁷⁵ Así, vuelve a remitirse al *Proceso de la civilización* para concluir que no es la técnica la que hace a la civilización sino el hombre el que impulsa a ambas.

Esta últimas consideraciones de las consecuencias y tendencias del proceso de la civilización conducen de lleno a los dilemas que presenta hoy la globalización de los mercados y la política internacional. Uno de los desafíos actuales de la teoría sociológica contemporánea consiste en dar cuenta de esto; y para ello, la obra de Elias resulta de inestimable ayuda.

Recibido: junio de 1998.

Revisado: junio de 2000.

Av. Corrientes 1762 piso 8o/depto “C”/Buenos Aires (1042). Argentina/e-mail: belveder@mail.retina.ar

⁷³ *Op. cit.*, pp. 494-495.

⁷⁴ *Op. cit.*, pp. 458-458.

⁷⁵ *Op. cit.*, p. 498.

